



*Brillante victoria conseguida por el joven duque de Enghien –futuro gran condé–, que destruyó la leyenda de la ‘invencible infantería española’.*

Capitán de nacimiento», como César y Espinola, según observó el cardenal de Retz, el duque de Enghien, que había de hacerse inmortal con el nombre de príncipe de Condé, tenía veintiún años y no había desempeñado ningún mando cuando libró la batalla de Rocroi. Había sido elegido principalmente porque era príncipe de la Sangre y primo del rey; pero esto no fue todo. Al observar su educación, dirigida por su poco recomendable pero inteligente y afectuoso padre, Richelieu le había considerado un hombre de porvenir que podía servir a sus intereses. Había obligado al muchacho a casarse con su sobrina, Claire-Clémence de Brézé, condenándole así a la mayor aflicción, puesto que la joven era mezquina de mente y de cuerpo y había de acabar en la locura. Mazarino, al subir al poder después de la muerte de su amo, tuvo el mismo convencimiento de que Enghien tenía madera de genio.

En la última fase de la Guerra de los Treinta Años, la situación había cambiado súbitamente en favor del Imperio y de España. Si Francia tenía en ciernes un genio de primera clase, España había lanzado al campo un genio comprobado de segunda. En el inicio de las famosas batallas de Nördlingen, el Cardenal Infante y sus aliados austríacos derrotaron a los suecos antes de que aquel penetrase con sus picas en los Países Bajos. En 1635, tomó Corbie, y sin duda hubiese conquistado París si el jefe imperialista Gallas, que tenía que invadir simultáneamente Francia a través del Franco Condado, no le hubiese dejado en la estacada. Dos años antes de que

## GRANDES BATALLAS TERRESTRES

Enghien saliese al campo, en 1643, murió don Fernando en el sitio de Aire, sucediéndole un noble portugués adicto a España, don Francisco de Melo, vencedor de los franceses en Honnecourt (1642). Estos habían sufrido anteriormente otros reveses en Thionville (1640) y La Marfée (1641). Melo no tenía la altura de su antecesor, pero el núcleo de su ejército, seis tercios españoles, seguía siendo formidable. Era la décima legión que enardecía a los flamencos, valones, italianos y tropas mercenarias. Lo malo era que, desde la derrota de la Armada, era prácticamente imposible reforzar el ejército por mar, de modo que el desgaste normal le ponía en aprietos una vez tras otra. Los refuerzos por tierra tenían que seguir una ruta desviada que pasaba por Italia, donde eran reclutados los soldados italianos de las posesiones españolas, y cruzaba los Alpes y algunos territorios de allende la frontera francesa y que estaban en manos de los españoles, de sus aliados o de neutrales benévulos. En los tiempos de Alba y del Cardenal Infante, se había tenido que formar nuevos ejércitos, sin los cuales aquellos jefes se hubieran encontrado sin tropas a su mando. Estos soldados estaban siempre prestos a amotinarse, pero también a morir. La caballería, y en particular la neerlandesa, era de primera calidad y estaba bien montada. Generalmente, había pocos oficiales españoles en sus filas, y sus comandantes eran a menudo indígenas. La disciplina, en conjunto, era superior a la de los franceses. Richelieu había confiado casi enteramente en los mercenarios, y, aunque ahora existía ya algo que podía llamarse ejército francés, en realidad no mereció este título hasta después de la reorganización de Louvois, quien tampoco prescindió del todo de los mercenarios.

En vísperas del encuentro, murió Luis XIII, quien, en un breve intervalo de lucidez, dijo al padre de Enghien, que estaba a la cabecera de su lecho: «*Monsieur De Condé*, he soñado que vuestro hijo lograba una gran victoria.» Enghien ocultó la nueva hasta el último momento y se negó en redondo a obedecer la orden de Condé de volver a París para ayudarle a asegurar el futuro de su casa bajo Ana de Austria, regente del pequeño Luis XIV. Siguiendo la costumbre, Enghien tenía un consejero, François de L'Hôpital, avisado veterano cuyos consejos desatendió aquel completamente y que había de ser para él una carga más que una ayuda. A quien prestó oídos fue al brillante conde de Gassion.

El 12 de mayo, Melo, acampado al pie de las murallas de Rocroi, defendida por una pequeña guarnición francesa, recibió a su mejor caballería, al mando del flamenco conde de Isembourg. La pequeña fortaleza estaba claramente a su merced, y la cuestión que se planteaba al consejo de guerra de Enghien era si convenía retirar a los defensores, bajo la protección de una pequeña fuerza móvil, o entablar combate. Atacar a los españoles equivalía a meterse en una ratonera, en una rasa de seis kilómetros de anchura, rodeada de espesuras que sólo podían cruzarse por un angosto desfiladero, cenagoso y rocoso. En la madrugada del 17 de mayo, regresó



El duque de Enghien detiene la matanza de españoles después de la rendición.

## GRANDES BATALLAS TERRESTRES

Gassion de una misión de reconocimiento, habiendo logrado introducir refuerzos en la fortaleza y trayendo valiosa información. El debate que siguió fue animado pero breve: L'Hôpital era partidario de eludir un combate importante; Gassion preconizaba la lucha; Enghien declaró que Rocroi era cuestión secundaria y que lo importante era salvar a Francia y el trono del pequeño rey; así, dio por terminada la discusión.

La batalla de Rocroi se libró el 18 de mayo, pero el 17 hubo fuertes escaramuzas. Las vanguardias de las columnas mandadas por Gassion llegaron al borde de la meseta alrededor de las ocho de la mañana, sin encontrar más vigilancia que algunos puestos en el bosque que fueron rápidamente aventados. Avisado por él, Enghien acudió en su apoyo al frente de dos mil jinetes. De pronto, vio al enemigo desplegado en el espacio abierto entre los bosques, formado, como sus propias tropas, según el estilo convencional de derecha, centro e izquierda, pero en un frente ligeramente más estrecho y con los mosqueteros llenando los huecos entre los escuadrones de caballería, de modo que parecía un solo bloque. El centro estaba formado principalmente por los hoscos y morenos «españoles nativos», al mando de un famoso veterano del Franco Condado, Fontaine, llamado a veces, erróneamente, Fuentes. Los franceses eran ligeramente superiores en número, unos 23.000, de los cuales seis o setecientos eran de caballería, mientras que los españoles sumaban, como máximo, 20.000 hombres. Hostigado por la artillería, que era más fuerte y había entrado en acción antes que la suya, Enghien decidió realizar un movimiento envolvente por la izquierda. Al mirar a los suyos, vio algo que le llenó de angustia y de furor. L'Hôpital, sin duda ansioso de evitar la batalla iniciando una escaramuza no definitiva, había hecho avanzar las columnas de La Ferté. Isembourg estaba esperando esta oportunidad; antes de que el mensaje de Enghien pudiese detener el avance de La Ferté, la caballería flamenca se lanzó al ataque. La ansiedad de Enghien se prolongó unos instantes, porque los escaramuzadores franceses, en su huida, habían desordenado seriamente sus propias líneas de vanguardia. Entonces Isembourg se detuvo. Melo le había ordenado retardar la batalla. Si este hubiese sido un Enghien, se hubiera lanzado al galope y proseguido la carga, y acaso hubiera logrado cimentar la victoria.

Avanzada la noche, Enghien se envolvió en su capote, se tumbó en el suelo donde estaba y se quedó dormido al instante. Entonces todavía ignoraba que esta facultad no le abandonaría nunca, por muy graves que fuesen los problemas con que tuviese que enfrentarse, e incluso cuando se hallase al borde del desastre. Le despertaron y habló con un desertor francés del bando español. El hombre, una vez garantizado su perdón, suministró informes muy valiosos: Melo esperaba importantes refuerzos y, entre estos, el sexto tercio español, al mando del jefe alemán Beck. Las horas de sueño se redujeron a tres. Enghien se levantó en plena oscuridad y se vistió la

coraza y un sombrero adornado con grandes plumas blancas, semejante al que había hecho famoso Enrique IV en Ivry y obedeciendo al mismo propósito de ser fácilmente reconocido por él. El avance francés comenzó a las tres de la madrugada y, poco después, había ya luz suficiente para ver el camino y ordenar las filas. Gassion abría la marcha con siete escuadrones; Enghien, con ocho escalonados, avanzaba a su izquierda y un poco a retaguardia. Los españoles habían preparado una emboscada de mosqueteros en la arboleda; pero los franceses habían descubierto su presencia y les sorprendieron, debido a la deficiente vigilancia de aquellos. Los que no murieron fueron hechos prisioneros.

La caballería del duque de Alburquerque, que mandaba esta ala, estuvo más alerta, pero su primera línea fue atacada por el flanco y el único escuadrón que le hizo frente para aguantar el choque fue totalmente dispersado y se dio a la fuga, con los feroces y salvajes croatas de Enghien pisándoles los talones. Alburquerque, que era un buen soldado, reagrupó la segunda línea, pero esta debía de estar amedrentada por lo que había visto, pues se vio inmediatamente rechazada con gran confusión y duras pérdidas. El bando francés demostró una rapidez de acción que apenas si había sido igualada en toda la Guerra de los Treinta Años, ni siquiera por el propio Gustavo Adolfo.

Enghien tenía que pensar ahora la mejor manera de explotar el éxito en el centro y en el ala izquierda, y cabalgó hasta una altura próxima para ver los efectos de la artillería. Al principio, todo permaneció oculto por las densas nubes de humo de los cañones y de los mosquetes de ambos bandos; después, el aire se aclaró un instante. En estos breves segundos vio un espectáculo aterrador. La Ferté volvía a las andadas. En campañas ulteriores, Enghien se mostraría a menudo feroz en sus reprensiones, pero aquel día había hablado con suavidad, lo cual probablemente explica que el culpable avanzase ahora desviándose peligrosamente para evitar el barrizal y un pequeño lago. Esta vez lo pagó caro. Isembourg, en vez de volver a su anterior posición, había pasado la noche muy cerca de las trincheras, de modo que pudo lanzarse en seguida al galope. Aplastó a la caballería francesa, la separó de la infantería del centro y la puso en desordenada fuga. La Ferté recibió tres heridas y cayó prisionero. Algunos de los hombres de Isembourg siguieron galopando para saquear los bagajes, pero la mayoría permaneció disciplinadamente en su sitio, mientras él, con el brazo izquierdo en alto, rechazaba a la caballería y a los mosqueteros y capturaba la artillería. L'Hôpital recobró unos cuantos cañones y volvió a perderlos; el resultado fue que, mientras treinta piezas hacían fuego sobre el centro del ejército francés, este no tenía ninguna con que replicar al fuego.

De nuevo actuó Enghien sin vacilación. Mandó a Gassion que permaneciese donde estaba, para el caso de que se reagrupara la caballería de Alburquerque. Entonces evolucionó con la suya hacia la izquierda, atacó el centro de las fuerzas enemi-

## GRANDES BATALLAS TERRESTRES

El duque de Enghien y su Estado Mayor observan el campo de batalla: una rasa de seis kilómetros y medio rodeada de malezas y terreno pantanoso con un pequeño lago.



